

de puro consejo que á ninguno obliga. ¿Pero será puro consejo dejar á los cristianos en plena libertad para ser ó para no ser discípulos de Cristo? ¿será puro consejo el intimarnos el Salvador del mundo que el que no se hiciere violencia no entrará en el reino de los cielos? ¿será puro consejo el protestarnos que el que no llevare su cruz todos los dias, ni será digno de él, ni podrá ser discípulo suyo? Pero si todos estos son oráculos para todos los cristianos, si esta es la doctrina pura de Jesucristo, ¿no serán estos verdaderos y rigurosos preceptos? Desengañémonos: ni la edad, ni la condicion, ni el estado, ni los empleos, ni la dignidad nos pueden dispensar de la ley. Y así como ni el tiempo ni el lugar nos libran de la inclinacion al mal, como no nos ponen á cubierto de los lazos y de los artificios del enemigo comun, como no apagan en nosotros el fuego de la concupiscencia, así tambien ninguno se puede dispensar de la obligacion de mortificarse sin poner á peligro su salvacion. Los seglares y los religiosos, bien que los religiosos con mas razon que los seglares, todos están indispensablemente obligados á llevar su cruz, á aborrecerse á sí mismos, á hacerse violencia, á domar su genio, á mortificar sus sentidos y á vencer sus pasiones. Esta es una ley general de la religion que obliga á los grandes del mundo y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los legos y á los eclesiásticos, á las mujeres que se quedaron en el siglo y á las que se retiraron á los claustros. Dicese que no todos pueden ayunar; algun dia examinará Dios esta proposicion; ¡y cuánto es de temer que se halle falsa! No todos pueden traer cilicio ni macerar su carne con disciplinas (pocos habrá que no piensen otra cosa en la hora de la muerte); pero á lo menos todos pueden y todos deben hacerse violencia para entrar en el reino de los cielos; todos pueden privarse de muchos gustos, aunque sean licitos; todos pueden y todos deben sufrir con paciencia las injurias; todos pueden y todos deben perdonar á sus enemigos. Ninguno hay que no pueda hacer al cabo del dia cien pequeños sacrificios; las comodidades, las conveniencias poco necesarias, la delicadeza, el juego, las diversiones, el regalo, todo esto ofrece abundante materia para ellos. ¿Pues quién dirá ahora que no se puede mortificar?

Puédolo muy bien, Señor, ayudado con vuestra divina gracia. Esta os pido con tanto mayor fervor, quanto es grande el deseo que tengo de mortificarme los dias que me restaren de vida.

JACULATORIAS. — Yo mismo me acuso, y hago penitencia. (*Job 42.*)

Si, mi Dios, desde aquí adelante toda mi gloria la pondré en mortificarme. (*Galat. 6.*)

PROPOSITOS.

1 La mortificacion es inseparable de la vida cristiana; busca un solo santo que no sobresaliese en esta virtud. No digamos ya que la mortificacion es buena para los santos; si algunos se hubieran de considerar dispensados de practicarla, debieran ser las almas inocentes y puras. Con todo eso los amigos de Dios son, por lo comun, los mas mortificados; ¿pero quiénes tienen mayor necesidad de mortificarse que los pecadores? Digamos, pues, en adelante que la mortificacion es la legítima, es el patrimonio de todos los cristianos, y que es la virtud que caracteriza á todos los escogidos de Dios. Procura que en adelante sea tambien la tuya. Practica con espíritu de religion todas las que fueren de precepto. Nunca te dispenses ni en los ayunos ni en las abstinencias de la Iglesia. Ha llegado el dia de hoy la delicadeza á tal punto, que todos los que tienen algun rastro de religion se deben estremecer. Parece que basta ser persona de distincion, de conveniencias, ó ser sugeto visible para considerarse desobligado de ayunar y comer de vigilia; esta obligacion se deja para los religiosos ó para la gente del pueblo. No sigas un error que tendrá en el infierno á muchos; abuso que debe sobresaltar á todo ánimo cristiano. Es cierto que aprueba Dios algunos motivos de dispensa; es cierto que son legítimos algunos; pero no te figures tú los que no lo son.

2 Acostúmbrate á la mortificacion interior de tus pasiones, de tus inclinaciones, de tu genio y de tus costumbres; en esto ninguno se puede dispensar; mas no por eso te olvides de la mortificacion exterior. Son siempre muy convenientes las penitencias del cuerpo; consulta con un prudente confesor las que son mas proporcionadas para tí, y no te descuides en practicarlas, advirtiendo que son remedios y son preservativos.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES TARACO, PROBO Y ANDRÓNICO, en Tarso de Cilicia; los cuales en la persecucion de Diocleciano, afligidos largo tiempo entre la inmundicia de la cárcel, y probados

hasta tres veces con diversos tormentos, por último siendo degollados, confesando á Cristo alcanzaron la corona del glorioso martirio. (*Véase su historia hoy.*)

EL SUPPLICIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES NICASIO obispo de Ruan, QUIRINO presbítero, ESCUBÍCULO diácono, y PIENCIA virgen, en una aldea de Vexin; sentenciados á muerte por el presidente Fescennino. (San Nicasio fué obispo de Ruan, y entre la multitud de personas que convirtió á la religion cristiana, una de las notables fué Sta. Pien-
cia, virgen francesa de gloriosa memoria. Quirino presbítero, y Escubículo diácono, ambos auxiliaron eficazmente á S. Nicasio en sus tareas apostólicas, y se cree que los tres fueron los fundadores de la Iglesia de Ruan, y que murieron entre el segundo y tercer siglo del cristianismo en una aldea de Vexin. Sus sagrados restos fueron sepultados por los cristianos en una gruta, en la cual encontrando los gentiles cierto dia á Sta. Pien-
cia, la degollaron.)

EL SUPPLICIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES ANASTASIO presbítero, PLÁCIDO, GINES Y SUS COMPAÑEROS, ítem.

SAN SÁRMATAS, discípulo de S. Antonio, abad, en la Tebaida; quien por confesar á Jesucristo mataron los sarracenos (en el año veinte y dos del imperio de Constantino el Grande, segun dice S. Jerónimo.)

SAN GERMAN, obispo y mártir, en Besanzon en las Galias.

SAN FERMÍN, obispo y confesor, en Ucez en el Languedoch. (A la edad de veinte y dos años sucedió en la silla de Ucez á un tío suyo que le habia educado por el unánime sufragio del pueblo y del clero. La prudencia y sabiduria que mostró acreditaron muy bien que la eleccion habia sido inspirada por Dios. Asistió á los concilios 4.º y 5.º de Orleans celebrados en los años 541 y 549, y al de Paris en 551, y su reputacion aumentaba extraordinariamente á medida que se le presentaban ocasiones para defender los intereses de la Iglesia. Murió santamente por los años de 553 á la edad de treinta y siete.)

SAN CANICO, abad, en Escocia.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN GUMARO, confesor, en Lira ó Lier en Brabante. (Sus padres eran parientes del rey Pipino. Habiendo contraido matrimonio con una dama de calidad pero de condiccion perversa, extravagante y caprichosa, toda su vida fué una continua probacion en tribulaciones. Recibió el premio de su paciencia en 774. El lugar de que era señor se llamaba entonces Nivesdone, despues Ledon, y ahora Lira; y por la devocion de las gentes á este Santo llegó á formarse en ciudad considerable.)

SAN EMILIANO ó MILLAN, confesor, en Rennes en Francia. (Cuéntase de este Santo, dedicado á la oracion y al socorro de los pobres, que á semejanza del divino Salvador, alimentó un dia á todo un gentio numerosísimo con muy escasas provisiones.)

LAS SANTAS MUJERES ZENAYDA Y PHILONIA, hermanas, parientas y discipulas en la fe del apóstol S. Pablo, en Tarso de Cilicia.

SANTA PLACIDA ó PLACIDIA, virgen, en Verona. (Nació en esta ciudad y fué hermana del obispo S. Leoncio. Habiendo consagrado su

integridad á Jesucristo, se retiró á una soledad donde vivió muchos años esclarecida en virtudes y milagros hasta su dichoso tránsito en que se vió rodeada de coros de ángeles que acompañaron su alma á la morada de Dios.)

SAN TÁRACO, PROBO Y ANDRÓNICO, MÁRTIRES.

SAN Táraco fué romano; es decir, gozaba derechos y privilegios de ciudadano romano. Nació en Claudiópolis de Isauria, y fué hijo de la tropa. Era de setenta y cinco años de edad, y habia servido en los ejércitos de los emperadores con el nombre de Victor; pero haciéndose cristiano, dejó el servicio, pidiendo licencia á su capitán que se llamaba Polibion.

Probo, de menos edad que Táraco, aunque era originario de la provincia de Tracia, nació en la de Panfilia, y sin embargo de ser de familia humilde y plebeya, era hombre rico; pero todo lo dejó por dedicarse únicamente al servicio de Dios.

Andrónico fué de nacimiento mas ilustre; debióle á una de las casas mas calificadas de la ciudad de Efeso; era jóven, bien dispuesto y de mucho espíritu. No se sabe por qué casualidad ó aventura los juntó á todos tres la divina Providencia; solo se sabe que por los años 304, poco despues que se publicaron los edictos de los emperadores Diocleciano y Maximiano contra los cristianos, dos arqueros ó dos alguaciles, llamados Eutolmio y Paladio, presentaron á Máximo, gobernador de Cilicia, aquellos tres extranjeros por haber confesado desde luego que eran cristianos. Dió principio el gobernador á su interrogatorio por el mas viejo, y le preguntó cómo se llamaba. *Llámome cristiano*, respondió Táraco. *Impío*, replicó Máximo, *no te pregunto tu profesion, sino tu nombre.*—*Mi nombre es cristiano, porque lo soy*, repuso Táraco. Irritado el gobernador, mandó descargar crueles bofetadas sobre su venerable rostro; no cesando de exhortarle á que tuviese lástima de su ancianidad, y tratase de rendir culto á los dioses á quienes adoraban los emperadores. *¿Y porque los emperadores quieran adorar á los demonios, respondió Táraco, tengo de adórarlos yo? No hay en el cielo ni en la tierra mas que un solo Dios: á este adoro; á su santa ley me rindo, la guardo y la obedezco.*—*Infeliz y miserable*, replicó Máximo, *¿hay otra ley que la del príncipe?*—*Y como que la hay*, respondió el santo mártir; *la ley de Dios que condena vuestra impiedad.*—*Despójente de los vestidos*, dijo colérico el tirano, *despedácentle el cuerpo á azotes para ver si sana de su locura.*—*La mayor prueba del juicio y de la cordura de los cris-*



S. TARACO PROBO
Y ANDRONICO, MRS.

tianos, respondió Taraco, *es sufrir todos los tormentos y la misma muerte por amor de Dios y de su único hijo Jesucristo.*—Luego tú adoras dos dioses, le arguyó Máximo; y si adoras dos, ¿qué razón tendrás para no adorar á los nuestros?—No lo permíta Dios, respondió el Santo; á uno solo adoro cuando adoro al Hijo, que es en todo igual y consustancial á su Padre. Para conocer este misterio es menester ser cristiano; sin fe ni se puede discurrir, ni se puede hablar de Dios como se debe. Indignado el juez con tan animosas como desengañadas respuestas, mandó que le cargasen de cadenas, y le encerrasen en un calabozo.

Mandó despues que se presentase Probo, y en tono colérico le dijo: ¿Serás tú tan mentecato como tu compañero, que quieras preferir la muerte al amor del soberano? ¿Como te llamas?—El nombre con que me honro mas es el de cristiano, respondió el generoso confesor de Jesucristo; ¿para qué quieres saber otro? El de Probo que los hombres me impusieron nada significa. Por lo demás te diré con tu licencia, que no hay mayor juicio ni mayor discrecion que conocer, amar y servir á un solo Dios verdadero, como ni mas lastimosa locura, ni mas insigne mentecatez que adorar por dioses á unos inanimados idolos, obras sin espíritu que fabricaron las manos de los hombres. La única respuesta del tirano fué mandar que le tendiesen sobre el potro, y que le despedazasen á azotes con nervios de bueyes; crueldad que se ejecutó con tanta violencia, que todo el pavimento quedó cubierto de sangre. Tus ministros, dijo el Santo con semblante apacible y siempre sereno, tus ministros hacen conmigo oficio de médicos, los cuales sajan para curar; muy agradecido les estoy por la exactitud y por el ardor con que obedecen lo que les mandas. Rabioso Máximo por la serenidad que mostraba el santo mártir, le dijo como por mofa: Lástima es que no esté aquí presente Dios para que te cure tus llagas y te dé algún refrigerio.—Presente y muy presente está, respondió Probo, de que es buena prueba no solo la paciencia, sino el consuelo con que sufro mis dolores. Este mi Dios es el que me fortalece, el que me consuela, el que me asiste actualmente, y el que tambien me asistirá, si fuere su voluntad, hasta el último aliento de mi vida. Reventando el tirano de cólera y de despecho, mandó que le quitasen del potro, que le cargasen de cadenas, que le encerrasen en el calabozo, y que le metiesen en el cepo hasta las troneras ó los agujeros del cuarto orden; especie de tormento verdaderamente horrible.

Demetrio, capitan de una compañía de soldados que estaba

de guarnicion en la ciudad, le presentó á Andrónico, el tercero de los santos mártires, el mas jóven de todos, pero no menos esforzado ni menos ansioso del martirio que sus dos compañeros. Luego que Máximo le vió, se sintió inclinado á amarle, y movido de compasion, dió principio al interrogatorio en la fórmula ordinaria, preguntándole blanda y cariñosamente su nombre, su calidad y el lugar de su nacimiento. *Mi nombre es Andrónico,* respondió el generoso mancebo, *mi patria Efeso, y mi calidad muy conocida en aquel numeroso pueblo; pero el verdadero nombre, la verdadera calidad y la verdadera nobleza de que únicamente me precio es de ser cristiano.*—Ya veo, querido mio, replicó el gobernador, que esos dos insignes embusteros que acabo de castigar trastornaron tu buen juicio con sus hechizos y con sus encantos; pero, hijo, no puedo creer que un jóven de tan bello entendimiento como tú se quiera esponer á sangre fria y por su gusto á los mas crueles tormentos y á una muerte ignominiosa.—Si tengo este bello entendimiento como supones, respondió Andrónico, y si no he perdido el buen juicio que me atribuyes, debo despreciar esos tormentos, y aun esa ignominiosa muerte, que dura pocos instantes, por no incurrir en la muerte y en los tormentos eternos, destinados á los idólatras y á los enemigos del nombre cristiano. No esperaba Máximo esta respuesta; pero aunque interiormente se irritó con ella, disimulando su enojo, le dijo con blandura: Perdono á tu inconsiderada juventud una respuesta tan estravagante; pero, hijo, dejémonos de palabras, es menester sacrificar en este mismo punto á los dioses de los emperadores, que fueron tambien los dioses de nuestros abuelos; porque no se ha de decir en mis dias (aquí levantó la voz en tono bronco, sañudo y enfurecido), no se ha de decir en mis dias que una desdichada secta de miserables cristianos se nos vengán delante de nuestros mismos ojos á menospreciar los dioses del imperio, y á pretender que mudemos de religion.—Jóven soy, respondió el Santo modesta y respetuosamente, *joven soy, es verdad; pero tengo la dicha de ser cristiano, y la fe suple la falta de los años. Si tú conocieras como yo la impiedad del paganismo, la imposibilidad de muchos dioses, la verdad, la sabiduría y la santidad de la religion cristiana, lejos de exhortarme á rendir adoraciones á unos dioses sin otro sér que el que los fingió la fábula, Máximo, tú mismo te harías luego cristiano.* Convirtiósese en furor la ternura del tirano, y mandó que despojándole al puntode sus vestidos, le colgasen de la garrucha. Compadecido el capitan Demetrio, le quiso exhortar á que se aprovechase de la inclinacion que el gobernador le profesaba;

pero Andrónico se burló de sus exhortaciones. Hallábase presente cierto alcaide de una de las cárceles, llamado Atanasio, y movido también de lástima, se empeñó en persuadirle á que sacrificase, valiéndose de las razones mas fuertes y mas tiernas que le pudo inspirar la compasion. *Créeme, querido mio, le decia, obedece al gobernador, y no te obstines en perderte; sigue mi consejo, pues ya ves que por los años pudiera ser tu padre.—No porque seas mas viejo eres mas cuerdo,* respondió Andrónico, *pues me aconsejas que ofrezca sacrificios á los troncos y á las piedras en menosprecio del verdadero Dios, mi criador, mi soberano juez, y que tambien lo ha de ser tuyo.* No se atrevió Atanasio á replicarle; pero el gobernador mandó á los verdugos que le atormentasen cruelmente en las piernas, donde siempre es más vivo el dolor. Con efecto, le sintió vivamente el santo mártir, y tanto, que no pudiendo disimular, protestó que aunque era grande el dolor que padecía, le toleraba con gusto por la confianza que tenia en la misericordia y en la bondad del Señor. *Créeme, hijo mio,* le dijo el gobernador por última señal de compasion; *déjate de ese capricho, adora desde luego los dioses que adoran los emperadores, y yo te prometo que muy en breve experimentarás los efectos de su benevolencia y de su favor.* —*Respeto, como debo, á los emperadores,* respondió Andrónico; *pero detesto y detestaré siempre su falsa religion, pues los enseña á adorar á los demonios y á ofrecerlos sacrificios.* Mostróse Máximo estrañamente irritado con esta última respuesta de nuestro Santo, y mandó á los verdugos que le surcasen los costados con uñas ó con garfios de acero; que le echasen sal en las llagas, y que despues se las frotasen con cascotes de hierro viejo, amenazándole que cada dia le haria padecer nuevos tormentos. Mostró entonces Andrónico mas valor y mas constancia que nunca, protestando que léjos de acobardarle los tormentos, le alentaban y le fortalecian mas y mas; y que teniendo colocada toda su confianza en solo Dios, con igual desprecio trataba sus amenazas que sus suplicios. Era ya todo su cuerpo una sola llaga; y en este estado mandó el juez que le echasen al pescuezo y á los pies una gruesa cadena, y que le encerrasen en un oscuro calabozo, con órden espresa de que ninguno entrase á verle ni á curarle, para que enconadas y encanecidas las llagas se viniese á podrir vivo.

Pasó Máximo de la ciudad de Tarso á la de Mopsuestia, adonde mandó le siguiesen los tres ilustres prisioneros con resolucion de tentarlos en otro segundo interrogatorio, y no sin esperanza de que el tiempo los habria hecho mas dóciles, y los ha-

llaria menos constantes. Fué presentado el primero S. Táraco, á quien le dijo el gobernador, que habiéndole dado aquel tiempo para que pensase mejor lo que le tenia cuenta, no dudaba en contrarle ahora mas arrimado á la razon que en la primera audiencia. *Acuérdate que soy cristiano,* le respondió Táraco, *y los cristianos cuanto mas lo piensan mas cristianos son, mas firmes se mantienen, y con mayor intrepidez desprecian los suplicios.* Mandó el tirano que le hiciesen pedazos los dientes y las mandíbulas á crueles golpes de una dura piedra, y que tendido en el potro le despedazasen á azotes. *Haz de mi cuerpo lo que quisieres,* dijo el santo mártir mientras duró este suplicio. *Dios es mi fortaleza, y en él espero burlarme de tus tormentos.* Abrasáronle las manos sin que se observase en él ni el mas leve movimiento de impaciencia. Colgáronle pies arriba y cabeza abajo, cayendo esta perpendicularmente sobre un humo tan espeso como hediondo. *Si me burlé de tu fuego,* dijo entonces Táraco al gobernador, *¿qué caso he de hacer de tu humo?* Derramaron sal y vinagre sobre sus llagas; y cansando ya á Máximo la heroica constancia del invicto mártir, mandó que le restituyesen á la cárcel, diciéndole que le quedaba preparando nuevos y mas atroces suplicios.

Presentóse Probo á la segunda audiencia con mayor despejo y aun con mayor resolucion en sus respuestas que habia salido á la primera. Aplicáronle planchas de hierro ardiendo á todo el cuerpo, y sin embargo de que tenia ya tostada toda la piel, dijo que no era cosa lo que calentaba. Despedazaron sus carnes hasta que se descubrieron los huesos: cansó el generoso mártir á los verdugos, y dijo al juez, que si no tenia mas tormentos que aquellos, era poquita cosa para derribar la constancia de los cristianos; y que si queria experimentar hasta donde llegaba el poder de Dios que estos adoraban, era menester que inventase nuevos suplicios. Reventaba Máximo de cólera al ver la burla que hacian los santos mártires tanto de sus dioses como de sus tormentos; y no sabiendo ya de qué tormento echar mano, ordenó que le rasasen el pelo á navaja, y le echasen carbones encendidos sobre la cabeza; suplicio que no alteró un punto la paciencia ni la serenidad de Probo, y con esto le restituyeron á la cárcel.

Salió al tribunal Andrónico, y el juez le quiso persuadir que ya en fin sus compañeros se habian reducido á sacrificar á los dioses, y que ahora solo atendia á curarlos las heridas. Sonrióse el Santo, y le respondió: *Pues las mias ya están curadas; y así no tengo necesidad de ofrecerlos sacrificio. Aquí me tienes*